

Dos interpretaciones posibles frente a la categoría de “raza”.

Quijano y Foucault

Two possible interpretations against the category of "race".

Quijano and Foucault

Leonardo Javier Visaguirre

Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA)
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Resumen: El siguiente texto pone en diálogo las concepciones de raza postuladas por Aníbal Quijano y Michel Foucault, en tanto pensamos que las mismas pueden articularse a partir de los dos enfoques diferentes frente problema. En el caso de Quijano un abordaje geopolítico y en el de Foucault, micropolítico. En este sentido, intentamos presentar las posturas teóricas sobre la raza que articulan cada uno junto con los complejos conceptuales a los que remiten y sus diferencias metodológicas. Cuando me refiero a la concepción de raza en Aníbal Quijano hago referencia al concepto de “colonialidad del poder” y sus interrelaciones con otros conceptos (Estado, Capitalismo y Eurocentrismo). Por otro parte, cuando hablo de raza en Foucault, aludo a los trabajos genealógicos sobre los dispositivos micropolíticos y biopolíticos raciales que constituyen la “guerra de razas interna”.

Palabras claves: Raza; Colonialidad del poder; Guerra de raza interna.

Abstract: The present text compares Aníbal Quijano’s and Michel Foucault’s definitions of race as they have different approaches to the concept, Quijano’s one being geopolitical while Foucault’s is micro-political. I intend to show their theoretical stands about race and the conceptual complexes they refer to, as well as their methodological differences. When I speak of Aníbal Quijano’s idea of race I refer to the concept of “coloniality of power” and its relations with other concepts (state, capitalism, and eurocentrism). On the other hand, when I speak of race in Foucault I refer to his genealogical works on micro-political and bio-political racial devices that constitute the “internal war of races.”

Key words: Race; Coloniality of power; Internal war of races.

Raza, entonces, es un fenómeno cognitivo o, como Quijano lo llama, puramente “mental”, pero constituye una pista en dirección a quién se fue, y a quién, por lo tanto, se es. (Segato, R. 2010, 30)

El siguiente texto pone en diálogo las concepciones de raza postuladas por Aníbal Quijano y Michel Foucault, en tanto pensamos que las mismas pueden articularse a partir de los dos enfoques diferentes frente problema. En el caso de Quijano se trata de un abordaje geopolítico y en el de Foucault de uno micropolítico. En este sentido, intentamos presentar las posturas teóricas sobre la raza que articula cada uno junto con los complejos conceptuales a los que remiten y sus diferencias metódicas. Cuando me refiero a la concepción de raza en Aníbal Quijano hago referencia al concepto de “colonialidad del poder” y sus interrelaciones con otros conceptos (Estado, Capitalismo y Eurocentrismo). Por otro parte, cuando hablo de raza en Foucault, aludo a los trabajos genealógicos sobre los dispositivos micropolíticos y biopolíticos raciales que constituyen la “guerra de razas interna”.

Raza en clave geopolítica

Con vistas a pensar las problemáticas latinoamericanas del siglo XX, Aníbal Quijano, sociólogo y teórico político de origen peruano, en su estancia en Chile entre 1966 y 1971, germina la idea de “colonialidad del poder” en relación a los debates de la teoría de la dependencia en la CEPAL. Esto será el origen de una categoría que presentara en sus escritos de la década del 90’, en pleno auge de la discusión Modernidad/Posmodernidad. Dicha idea toma trascendencia a partir de los aportes críticos que realizan los autores del proyecto Modernidad/Colonialidad/Descolonialidad (MCD) sobre la función de América en el proceso moderno. El grupo MCD, constituido por intelectuales de la talla de Enrique Dussel, Aníbal Quijano, Ramón Grosfoguel, Catherine Walsh, Walter Mignolo, entre muchos otros y otras, postula que la conquista de la actual América originada en 1492 da inicio a la Modernidad: La conquista se articuló en relaciones de poder que instauraron un sistema económico capitalista y un procesos de disciplinamiento, modernización y dominación con raigambre eurocéntrica a partir de una taxonomía racial.

La llegada en 1492 de los europeos a la llamada hoy América Latina fue el comienzo de una nueva etapa de concentración y administración de la especie humana y de la vida en general, así como de los recursos no vivos de la tierra. La situación geopolítica del planeta dio un giro que implicó transformaciones conceptuales a nivel antropológico (racismo) y epistemológico (eurocentrismo) principalmente. Las consecuencias de dicho proceso han desembocado, no sin

tensiones históricas, en lo que Quijano denomina *Bloque Imperial Mundial* conformado por “modernos estados-nación del “centro” del sistema mundial” (Quijano, A. 2000, 8). Esta estructura hegemónica está articulada por un patrón histórico específico surgido hace cinco siglos.

La colonialidad del poder, es una subárea de análisis del patrón histórico de poder capitalista. Según Quijano, todo patrón de poder se constituye en relaciones sociales históricas alrededor de la dominación, la explotación y el conflicto sobre las cuatro áreas más importantes de la existencia social: el trabajo, el sexo, la autoridad colectiva o pública y la constitución de subjetividades e intersubjetividades. El patrón histórico específico que Quijano problematiza es el que se constituye con la dominación colonial, y que configura cuatro modos específicos de dominar y explotar las anteriores áreas básicas de la existencia mencionadas. Estas modalidades son: la colonialidad del poder, el capitalismo, El estado y su variante ideal, el Moderno estado Nación y el Eurocentrismo.

Si bien las cuatro modalidades de dominación configuran un proceso complejo que posibilita el surgimiento de un nuevo patrón de poder, el sociólogo peruano considera que la colonialidad del poder se torna fundamental en dicho espacio. Esto se debe a que la colonialidad despliega los dispositivos posibles para articular, a partir de la idea de raza, una serie de clasificaciones “fenotípicas” y “biológicas” que fundamentan la clasificación básica y universalizada de la población del planeta. Por ello, Quijano afirmará que la colonialidad del poder, la raza y la clasificación que provocan: “constituyen la más profunda y eficaz forma de dominación social, material e intersubjetiva, y son, por eso mismo, la base intersubjetiva más universal de dominación política dentro del actual patrón de poder.” (Quijano, A., 2000, 1)”. Específicamente, la idea de raza¹ (como diferencia biológica) y la clasificación social racista en ella fundada, manifiestan la más profunda y perdurable expresión de dominación colonial y la colonialidad de poder es la llave que permite pensar la ligazón de la raza con todas las otras categorías globales que desarrollan las áreas de la existencia social.

La idea de colonialidad del poder se articula, como mencionamos, con un complejo de remisiones conformado por: el capitalismo (el patrón universal de explotación social del trabajo), el Estado (Forma de control de la autoridad colectiva/pública) y el Eurocentrismo (Forma hegemónica del control de la subjetividad y la intersubjetividad en la producción de conocimientos); el desarrollo de estos espacios forma una estructura histórica y específica de poder. Quijano adopta un enfoque geopolítico para pensar el rol de América Latina en el “Patrón

¹Es necesaria la distinción sobre el doble matiz que posee el concepto de raza, como representación de una etnia y como rasgo biológico, la primera es de larga data y de un uso ligado a la división cultural de pueblos, la segunda, es una creación histórica ligada a la colonialidad del poder en Quijano, y a la guerra de razas interna por la constitución de una población nacional en Foucault.

de poder histórico” ligado a la problemática de la modernidad y el desarrollo del capitalismo. En este sentido, si bien intentaremos desagregar analíticamente la idea de raza del autor, cabe aclarar que históricamente actúa en correlación con los otros elementos del complejo estructural configurando la vida y sus recursos. Pero, a pesar de su interrelación con los otros elementos, el sociólogo peruano, no duda en considerar que la idea de raza junto con la taxonomía social que de ella deriva es fundamental, esto se debe a que es postulada como una diferencia biológica estructural que ubica a una parte de la humanidad en una situación de inferioridad, naturalizando las relaciones de dominación y sentando un supuesto antropológico hegemónico que determinará toda las relaciones dentro de las otras áreas mencionadas.

La raíz de las actuales relaciones geopolíticas de poder, de usurpación, administración y consumo desmedido del mundo y aun de la vida de la especie como mercancía, se organizan según Quijano con el paso del colonialismo a la colonialidad. El colonialismo se refiere a un todo organizado por un poder externo que domina y explota tanto los recursos vitales y las posibilidades de organización y autodomio político de los sometidos, como sus manifestaciones culturales, sociales y religiosas. Pero la complejidad del proceso colonial, caracterizado por una relación de dominación directa en diversos ámbitos, como el cultural, el económico y el social, permitió que continuara su flujo y fuera modificándose hasta alcanzar el modo de imperialismo. El cual Quijano entiende como “una asociación de intereses sociales entre los grupos dominantes (clases sociales y/o "etnias") de países desigualmente colocados en una articulación de poder, más que una imposición desde el exterior” (Quijano, A. 1992, 11). La liberación bélica de dichas estructuras dio fin al colonialismo político formal, derribado sucesivamente en América, África y Asia, pero permitió un neocolonialismo asentado en la colonialidad del poder.

Quijano explica cómo se despliega y funciona la colonialidad de poder a partir de la invención de subjetividades sociales novedosas en la historia, que de modo articulado a la lógica colonial y de dominación que las origina, van configurando de modo dialéctico su contracara. Por un lado se producen en América identidades sociales como las de: “indios, negros y mestizos” pero en contrapartida surge la raza blanca en “términos como español y portugués, más tarde europeo, que hasta entonces indicaban solamente procedencia geográfica o país de origen, desde entonces cobraron también, en referencia a las nuevas identidades, una connotación racial.” (Quijano, A., 2000, 1). En tanto la vida es social y política dicha taxonomía no puede más que afectar y asociarse a otras caras de la dominación, por ello la creación de identidades raciales, implica la creación de una clasificación, biológica, laboral, social y sexual específica del proceso de dominación y del patrón de poder histórico.

La dialéctica racializada que se produce entre el acto de afirmación de supremacía biológica del dominador y el de inferioridad del dominado, fundamenta el desarrollo histórico de las áreas relacionadas anteriormente mencionadas (capitalismo, Estado y Eurocentrismo). Veamos cómo

relaciona la colonialidad con estas áreas Quijano.

Primero, el capitalismo se constituye como un nuevo patrón global de control del trabajo y de sus productos está organizado a partir de la relación capital - salario y de las necesidades del creciente mercado mundial impuesto por los dominadores. Es global, no solo porque la raza blanca dominante impuso en su expansión mundial un criterio único de clasificación de la población mundial, sino también porque incluye y organiza también anteriores formas del control de trabajo como la esclavitud, la servidumbre, la pequeña producción mercantil, etc. En este proceso la raza sirve como base para clasificar la vida, distribuir el trabajo e imponer las funciones de acuerdo a esta taxonomía naturalizada.

Dicha distribución racista de nuevas identidades sociales fue combinada, tal como había sido tan exitosamente lograda en América, con una distribución racista del trabajo y de las formas de explotación del capitalismo colonial. Esto se expresó, sobre todo, en una cuasi exclusiva asociación de la blanquitud social con el salario y por supuesto con los puestos de mando de la administración colonial. (Quijano, A., 2000, 3)

Si bien, ni la raza ni el capitalismo, surgen por los mismos motivos y del mismo modo, gracias a que ambas estaban atravesada por una lógica de la dominación, lograron asociarse para articular recíprocamente espacios disciplinarios de subjetividad que permitieron una sistemática división racial del trabajo.

Segundo, el eurocentrismo, es la imposición de una racionalidad única, hegemónica en la producción de conocimiento, surgió en el siglo XVII “como expresión y como parte del proceso de eurocentramiento del patrón de poder colonial/moderno/capitalista.” (Quijano, A. 2000, 2). El mismo, está constituido por una serie de dualismo que funciona como supuesto estructurante de los discursos, como sujeto - objeto, razón - cuerpo. Dichos conceptos están ligados a una lógica de la identidad² que reduce y homogeniza las diferencias a las “necesidades y experiencias del capitalismo y del eurocentramiento de tal patrón de poder.” (Quijano, A., 2000, 2). Este nuevo ordenamiento masivo, manifestado en la modulación racialización - capitalismo - eurocentrismo, puede pensarse al modo en que Foucault presenta los dispositivos de poder - saber, por un lado un ejercicio del dominio de la vida y de los recursos (económico y político), por otro su relación inmanente con un saber que impone “nuevas relaciones sociales intersubjetivas”. Esta mixtura es

²La constitución dialéctica de la Europa Moderna, como la fase “afirmativa” de la humanidad en oposición a lo “no europeo” como la parte “negativa” de la humanidad, implica la negación de todo lo “otro” que no se adecua al criterio ideal impuesto. Dicho ideal, en su desarrollo expansivo y colonialista sobre el resto del mundo constituye un modo de conocimiento atravesado por la lógica de la identidad, que se afirma negando todo lo que se muestra como diverso, de este modo se articula una perspectiva epistémica eurocéntrica que se asienta en el supuesto de la raza como verdad biológica.

la que da nacimiento a la colonialidad del poder, el control violento de la vida, de los recursos y la imposición antropológica de una modo de clasificación unilateral que tienen como parámetro ideal al hombre moderno (occidental, blanco, masculino y civilizado) y un modelo de taxonomía de menor valor “biológico” y “cultural” para el resto de la especie humana.

Tercero, el Moderno Estado-Nación está signado por dos elementos, primero, la ciudadanía que supone una igualdad jurídico-política de los habitantes, situación que actúa ocultando las desigualdades generadas por la división racial, social y sexual, sobre la vida humana. La ciudadanía es una promesa que jamás se cumplirá, en tanto se postula como punto de llegada y no como punto de partida³. El segundo, es la representatividad política que los ciudadanos le atribuyen al Estado.

Pensemos los elementos presentados por Quijano a partir de un caso muy significativo en el intento de resolución del conflicto sobre la humanidad de la vida de los indios. Paulo III en 1537, en respuesta a una carta del fray Julián Garcés quien desde Tlaxcala, México, denuncia la violencia de los conquistadores y la necesidad de cristianizar a los indios. El papa resuelve dicha denuncia a partir de la bula papal *Sublimis Deus*, promulgada para conceder alma humana a los habitantes “paganos” de las Indias, al conceder humanidad a todos, tuerce la discusión hacia la cualidad de dicha condición humana donada. De este modo, en tanto la división racial ya había articulado la administración de la vida de los “inferiores” como un mera mercancía de uso hasta su muerte, con este giro la vida empieza a ser pensada como un espacio funcional, no solo para la extracción de riquezas, sino también como un elemento fundamental para generar una población, es decir la vida se articula no solo al surgimiento y estructuración del capitalismo, sino también al disciplinamiento inicial para constituir y disciplinar un Estado en tanto se disciplina la vida y se lo organiza dentro de un territorio. La bula es una interesante bisagra para entender el paso del colonialismo a la colonialidad del poder:

Nos pues, que aunque indignos hacemos en la tierra las veces de Nuestro Señor, y que con todo el esfuerzo procuramos llevar a su redil las ovejas de su grey que nos han sido encomendadas y que están fuera de su rebaño, prestando atención a los mismos indios que como verdaderos hombres que son, no sólo son capaces de recibir la fe cristiana, sino que según se nos ha informado corren con prontitud hacia la misma; y queriendo proveer sobre esto con remedios oportunos, haciendo uso de la Autoridad

³El filósofo francés Jacques Rancière explica en *El maestro ignorante* la paradoja de la igualdad, donde se pone como punto de llegada una igualdad que en realidad debería ser el punto de partida. En este sentido en tanto la igualdad sea reconocida como un ideal y no una realidad, se presentará su acceso a la misma como un acto meritocrático ideal y con esto se la aplaza hasta el infinito porque es postulada desde una base de desigualdad, por el contrario, si la igualdad es un punto de partida, cada situación de desigualdad es un acto de injusticia y no un déficit de quien no lo alcanza, la igualdad no es una meta a alcanzar, porque de este modo solo se confirma la desigualdad, del mismo modo pasa con la ciudadanía, la misma no es una promesa a alcanzar, debe ser un factum.

apostólica, determinamos y declaramos por las presentes letras que dichos Indios, y todas las gentes que en el futuro llegasen al conocimiento de los cristianos, aunque vivan fuera de la fe cristiana, pueden usar, poseer y gozar libre y lícitamente de su libertad y del dominio de sus propiedades, que no deben ser reducidos a servidumbre y que todo lo que se hubiese hecho de otro modo es nulo y sin valor, [asimismo declaramos] que dichos indios y demás gentes deben ser invitados a abrazar la fe de Cristo a través de la predicación de la Palabra de Dios y con el ejemplo de una vida buena, no obstante nada en contrario. (Paulo III, 1537)

Vemos un movimiento sutil desde el colonialismo y su capacidad de usar la vida hasta su aniquilación, hacia la colonialidad, donde la vida se vuelve un elemento mucho más potente en tanto permite articular los distintos espacios de dominación, racismo, capitalismo, Estado y eurocentrismo. La “vida animal”, la “bestia de trabajo”, se convierte en un potencial creador de vida funcional al poder, el “natural” muta en humano, es decir sujeto con derechos, la valoración de la vida del “otro” se da desde el sesgo racista, moderno, capitalista y eurocéntrico.

Raza en clave micropolítica

Michel Foucault en el curso dictado en el Collège de France en 1975, traducido como *Defender la sociedad* (2000), intenta reconstruir una genealogía del racismo en los países centrales europeo. Allí, explica de qué modo en la consolidación de los estados modernos se pasa de una *guerra de raza externa*, entendida como una guerra de etnias, a una *guerra de raza interna*, una guerra donde la misma cobra un matiz biológico que da origen al racismo según el autor.

(...) desde el siglo XVII, vemos que la idea de que la guerra constituye la trama ininterrumpida de la historia aparece con una forma precisa: la guerra que se desarrolla así bajo el orden y la paz, la guerra que socava nuestra sociedad y la divide de un modo binario es, en el fondo, la guerra de razas. (Foucault, M. 1976, p. 64)

La guerra de razas, como lucha permanente, se divide en dos posibilidades: la primera, de un carácter biologicista que articula su discurso con una “anatomofisiología materialista”, es en donde, para Foucault, nace la teoría de las razas en sentido histórico biológico. Dicha teoría se expresa en las luchas entre movimientos nacionalistas europeos contra los aparatos estatales, específicamente el austriaco y el ruso, de grandes magnitudes. Esta guerra de razas de carácter biológico también está presente en la política de la colonización europea. La segunda posibilidad es la que se organiza a partir de la teoría de la guerra social y que desde principios del siglo XIX subsume el conflicto de raza en un conflicto de clases.

La guerra de raza se articula a partir de la valoración de las diferencias, la tensión dialéctica que supone la negación de lo “otro”, a partir de la afirmación repetida de ciertos matices y

elementos que potencian el conflicto al negar a lo diferente, de este modo la guerra se articula en las: “diferencias étnicas, diferencias de idiomas; diferencias de fuerza, vigor, energía y violencia; diferencias de salvajismo y barbarie; conquista y sojuzgamiento de una raza por otra.” (Foucault, M. 1976, p. 64). El francés supone ya un cuerpo social establecido, es decir un territorio delimitado y habitado por una población que debe ser disciplinada en pos de la constitución de un Estado Nación, supone el fin de la guerra de etnias y el surgimiento de una nacionalidad a partir de la articulación de dos razas, una dominante y otra resistente.

De este modo quienes ejercen el poder y buscan configurar una identidad nacional única, es decir, quienes postulan un modelo de ciudadano y de población, asientan su discurso en una serie de elementos particulares, pero que a partir de una inversión valorativa histórica son convertidos en supuestos antropológicos absolutos y universales. Frente a este ideal de humanidad, se plantea la “necesidad” de un estado de guerra ininterrumpido contra los peligros que puedan acecharla. La raza es el dispositivo de saber-poder que pone en vigilancia y castigo disciplinar de todo aquello que no se adecua al modelo racial naturalizado como verdadero.

Para Foucault el discurso sobre la lucha de razas, será adoptado por quienes ejercen el poder en el intento de “normalizar” la especie humana hacia el interior del territorio. Para ello se genera un monopolio del discurso, mostrando la contracara del ejercicio de la violencia en los cuerpos y en la población. “(...) el discurso de un combate que no debe librarse entre dos razas, sino a partir de una raza dada como la verdadera y la única, la que posee el poder y es titular de la norma, contra los que se desvían de ella, contra los que constituyen otros tantos peligros para el patrimonio biológico.” (Foucault, M. 2000, 65). Esta concepción de guerra de raza nos advierte su función de dispositivo de saber poder que cumple el rol de disciplinar y configurar no solo la taxonomía racial en los cuerpos individuales, sino también en las poblaciones. El poder no se ejerce sobre un sujeto pasivo que es quebrado y sometido, por el contrario, el poder no es sólo represivo, sino primeramente positivo, creador, “(...) uno de los efectos primeros del poder es precisamente hacer que un cuerpo, unos gestos, unos discursos, unos deseos, se identifiquen y constituyan como individuos.” (Foucault, M. 2000, 38). En este sentido la distinción racial del individuo es también un efecto del poder, pero simultáneamente es lo que permite que el poder circule y someta a otros individuos, el poder ejerce la taxonomía racial, pero es el individuo quien ejerce y reproduce lo que el poder ha establecido.

En acción ya la clasificación racial, pilar fundamental de la justificación de la distribución de las riquezas y del ejercicio de la política, en el auge modernizante de las naciones, el concepto comienza a sufrir una nueva torsión. La necesidad de crear una población nacional transforma la “guerra de raza en defensa del estado, el desdoblamiento de: una única raza en una superraza y una subraza. O bien, la reaparición, a partir de una raza, de su propio pasado. En síntesis, el reverso y el fondo de la raza que aparece en ella.” (Foucault, M., 2000: p.65). Ya “indios” y

“negros”, creados a partir de la imposición de una taxonomía racial sobre una multiplicidad de culturas, habían sido pensados como la representación del pasado del desarrollo moderno del progreso. El modo de abordaje foucaultiano comienza con una delimitación regional de un proceso racial, pero pierde de vista que el mismo se da de modo global. La elección del objeto de análisis para el problema racial muestra el sesgo eurocéntrico y supone un lugar privilegiado para pensar el surgimiento del racismo, sin reparar en su implicación y relación con los racismos en otros continentes.

El paso de la guerra de raza externa a la guerra de raza interna, es la creación de un saber que impone la dualidad super-raza y sub-raza, y dicho saber es por mucho anterior al siglo XVII. Un caso para mostrar dicho corrimiento eurocéntrico del análisis sobre el problema racial es la anteriormente mencionada bula papal *Sublimis Deus* en ella se postula ya un lugar de poder privilegiado, eurocentrado, que valora la calidad de la vida humana de los “indios” es un claro efecto de la normalización producida por la taxonomía racial.

Notas finales

Lo que Foucault ve como un fenómeno epocal de los estados modernos en el siglo XVII, en América ya estaba en ejercicio desde el siglo XVI, sobre todo con los dispositivos católicos y monárquicos de conformación de súbditos cristianos. Prueba de ellos son dos episodios históricos, separado por trece años, uno de ellos la mencionada bula papal *Sublimis Deus*, que juzga sobre la humanidad de los “indios”, y otra la discusión en la Junta de Valladolid entre Juan Ginés de Sepúlveda (1490 – 1573) y Bartolomé de Las Casas (1484 – 1566). Quienes polemizan sobre la cualidad de dicha humanidad y por ende, sobre la legitimidad de la violencia de la conquista sobre los “indios”. Ambos episodios, revelan cómo el supuesto antropológico racial y de inferioridad de las especies, ya está actuando de modo fundamental en los procesos sociales, políticos e históricos en el continente, la guerra de raza, ya posee un matiz interno. Otro matiz diferencial entre Foucault y Quijano es la concepción de Modernidad, para el francés comienza con la revolución francesa (1789), en tanto la idea de Modernidad en el planteo de la filosofía latinoamericana se origina con la “conquista del nuevo mundo” (1492); esto da una resignificación mucho más compleja al fenómeno de la raza.

Quijano enfoca el problema racial a partir de un análisis sobre las relaciones de colonialidad con una perspectiva geopolítica, poniendo énfasis en pensar las macro estructuras del poder sobre la vida y la raza como una invención categorial compleja alineada con el capitalismo, el estado nacional moderno y la producción de conocimiento eurocentrada. Por su parte, Michel Foucault parte de una suspensión de la idea de racismo para poder ver y analizar determinadas prácticas y discursos en relación a la constitución de los estados modernos europeos, al considerar el fenómeno racial poniendo la atención en las micro estructuras del poder y sus

dispositivos específicos interpreta el racismo como un pasaje de la guerra de etnias a la guerra interna entre una raza superior y una sub-raza.

Otro matiz diferencial entre Foucault y Quijano es presentar al racismo como un poder disperso, descentrado, el cual gracias al discurso de la guerra de razas interna va a “recentrarse y convertirse, justamente, en el discurso del poder, de un poder centrado, centralizado y centralizador” (Foucault, M., 1996, 65). Lo llamativo es el papel secundario que da al racismo que ejerce Europa, por ello el francés da cuentas de cómo se articula el racismo en los países centrales, el racismo interno de los dominadores, a partir de eventos como la Revolución Francesa. En tanto Quijano al pensar la interrelación de cuatro ámbitos fundamentales de la vida social en una mirada geopolítica, logra mostrar cómo el racismo ya era un discurso del poder organizado en relación al control del trabajo, el Estado y el saber eurocéntrico, es decir, “centrado, centralizado y centralizador”.

Las postulaciones foucaulteanas sobre la capacidad creadora del poder nos permiten vislumbrar cómo se despliega el saber racial en el cuerpo individual y en las poblaciones, configurándolas y disciplinándolas para la constitución efectiva de un Estado Nación que responda a los intereses tanto del poder local como geopolítico. En este punto creemos que las ideas de *guerra de raza interna*, *super-raza* y *sub-raza* nos permiten completar el modelo centro-periferia de Immanuel Wallerstein adoptado por Quijano, la relación micropolítica del cuerpo, macropolítica de la población y geopolítica entre los estados centrales y periféricos nos dan un panorama más general de los distintos ámbitos en los que la raza actúa y de los grados y matices del conflicto neocolonial.

No podemos dejar de ver las tensiones teóricas entre el planteo de Quijano y el de Foucault, sobre todo en los sesgos “eurocéntricos” que se le acusa a la teoría del francés, al no dar cuenta completamente del verdadero desarrollo de los modernos estados-nación en Latinoamérica, que actuaron como fase negativa del surgimiento del Estado-Nación moderno europeo. El análisis pormenorizado del desarrollo de los modernos estados-nación, da cuenta de una realidad disímil y directamente relacionada con el ejercicio del neocolonialismo, Quijano propone una variada distinción, primero los “modernos estados-nación” del centro del sistema mundial, luego los “estados nacional-dependientes” asociados o en conflicto con el Bloque Imperial, en tercer lugar los “estados nacional-dependientes” donde no se llegó a la consolidación del moderno estado-nación y por último los estados menos nacionales y democráticos que son funcionalizados violentamente por el poder como “centros locales de administración y control del capital financiero mundial y del bloque imperial” (Quijano, A. 2000). En tanto Foucault se mantiene con una categorización unívoca de Moderno Estado Nación.

Las críticas teóricas en este sentido no han sido pocas, pueden verse principalmente en Spivak, G. C. (1988). *¿Puede hablar el subalterno? En el marxismo y la interpretación de la cultura* (271-

313). Macmillan Education UK. También en Edgardo Lander (1998). *Eurocentrismo y colonialismo en el pensamiento social latinoamericano. Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina*, 87-96. Pese a estas cuestiones teóricas creemos válido la utilización de la distinción de *super-raza* y *sub-raza* para ejemplificar la especificidad de la colonialidad del poder dentro de la consolidación de los estados nacionales. A su vez, comprendemos que el pensamiento de Foucault fue concebido como una historia de las ideas específicas de Europa y principalmente de Francia, por ello consideramos, siguiendo a Lander, que es un problema teórico que tiene más que ver con los usos que se hacen de los textos del francés, que de sus postulaciones concretas. Sin embargo las críticas propiciadas al concepto de racismo Foucaultiano por Ramón Grosfoguel, articulan una posición muy interesante para debatir. No deja de ser un debate abierto y sustancioso.

Tanto el planteo racial de Quijano como el de Foucault, a pesar de sus diferencias nos permiten esbozar los procesos de categorización desde la especie humana, a la humanidad racializada y desde esta taxonomía aplicada geopolíticamente a su aplicación regional en la invención de las poblaciones nacionales.

Bibliografía

- Foucault, Michel. 2000. *Defender la sociedad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Grosfoguel, Ramón. 2012. *El concepto de «racismo» en Michel Foucault y Frantz Fanon: ¿teorizar desde la zona del ser o desde la zona del no-ser?* Tabula Rasa. Bogotá - Colombia, No.16: 79-102, enero-junio.
- Lander, Edgardo. 2000. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO
- Paulo III. 1537. *Sublimis Deus. 2 de junio*. Vaticano. Extraído de: http://webs.advance.com.ar/pfernando/DocsIglLA/Paulo3_sublimis.html
- Quintero Pablo. 2010. *Notas sobre la teoría de la colonialidad del poder y la estructuración de la sociedad en américa latina*. Papeles de Trabajo Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio-Cultural, (19). Rosario. Extraído de: <http://www.scielo.org.ar/pdf/paptra/n19/n19a01.pdf>
- Quijano, Aníbal. 1992. *Colonialidad y modernidad/racionalidad*. Perú indígena, 13 (29), 11-20.
- Quijano, Aníbal 1993. “‘Raza’, ‘etnia’ y ‘nación’ en Mariátegui: cuestiones abiertas” en Forgues, Roland (ed.) José Carlos Mariátegui y Europa. La otra cara del descubrimiento (Lima: Amauta). Extraído de: <http://www.ceapedi.com.ar/imagenes/biblioteca/libros/59.pdf>
- Quijano, Aníbal. 2000. Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. en:

- Quijano, Aníbal. 2001. *Globalización, colonialidad y democracia*. En Instituto de Altos Estudios Diplomáticos Pedro Gual (ed.). *Tendencias básicas de nuestra época: globalización y democracia*. Caracas: Instituto de Altos Estudios Diplomáticos Pedro Gual.
- Quijano, A. 2011. “*Colonialidad del poder y clasificación social. El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Contextualizaciones Latinoamericanas”, Año 3, número 5, julio-diciembre 2011. Extraído de: http://www.contextualizacioneslatinoamericanas.com.mx/pdf/Colonialidad%20del%20poder%20y%20clasificaci%C3%B3n%20social_5.pdf
- Quijano, Aníbal. 2014. *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*; selección a cargo de Danilo Assis Clímaco; con prólogo de Danilo Assis Clímaco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Rancière, Jacques. 2007. *El maestro ignorante: cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Segato, Rita L. 2010. “*Los cauces profundos de la raza latinoamericana: una relectura del mestizaje*”. *Crítica y Emancipación*, 3, 11-44.
- Zavala, Silvio. 1991. *Repaso histórico de la bula Sublimis Deus de Paulo III, en defensa de los indios*. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia: El Colegio Mexiquense.